

# **Evangelina y el unicornio**

Jorge Eslava

Ilustraciones: Felipe Morey

loqueleog

Dice una canción de Silvio Rodríguez:

*Me estremecieron mujeres  
que la historia anotó entre laureles  
y otras desconocidas gigantes  
que no hay libro que las aguante.*

Este cuento está dedicado a una de ellas.

# **Primera parte**

## El camino del milagro

La niña calló, estaba seria y concentrada. Todos los niños de la clase la miraban con asombro. También la maestra, que tenía el mandil un poco desteñido y deshilachado. La niña adelantó una pierna y dio un paso largo en el salón. Pronunció en voz alta: «¡Uno!», y los niños se aguantaron la respiración; luego, dio un segundo paso más largo y los niños soltaron juntos una exhalación. 13

—¡Dos! —dijo ella y cerró los ojos.

Algunos niños aplaudieron despacito e hicieron una mueca de nervios. La profesora se frotó los ojos, parecía tener una lágrima a

punto de escapar. La niña miró un punto en el suelo y se preparó para dar el último paso. Entonces hizo un gran esfuerzo y puso su pie justo donde había calculado, muy cerca de la carpeta que estaba al lado de la puerta. Recogió la otra pierna y sonrió con un gesto de tristeza.

—¡Tres! —dijeron todos y aplaudieron con entusiasmo.

La niña asintió con la cabeza y enseguida pidió que se callaran. Necesitaba aclarar que esos tres pasos equivalían a tres metros y que esos tres metros multiplicados por mil era la distancia que había recorrido su mamá, hundida en el barro, revolcada por la fuerza de la corriente, confundida entre troncos y ramas de árboles.

Tres mil metros había sido arrastrada y todos la vieron por la televisión, rodeada de cerdos y vacas, embadurnada de lodo hasta



la punta de sus cabellos. Era el camino del milagro. Pero la niña no pudo continuar y se quedó muda, al borde del llanto, con la cabeza derrumbada entre los hombros.

16 La maestra se acercó y la abrazó con cariño, pero ella no quiso quedarse entre sus brazos. La rechazó delicadamente. La niña sabía que tenía diez años y que no iría a llorar, porque no quería hacerlo y porque se resistiría con todas sus fuerzas.

Cómo iba a atreverse a soltar una sola lágrima, ¿acaso su mamá no había demostrado ser la más valiente de todas? Pero el llanto le venía desde adentro, desde el centro mismo del corazón y con una fuerza brutal que nunca había sentido. «Tal vez como un huaico», pensó, y este pensamiento terminó por reanimarla.

—¡Oigan, por favor! —reclamó con la voz entrecortada.

Los chicos no hacían bulla, pero sí cuchicheaban. El pedido de ella surtió rápidamente efecto y todos se quedaron silenciosos y estáticos como una pandilla de estatuas.